

XII Laboratorio de Escritura Teatral



La urbanización
ROCÍO BELLO

56 verdes diferentes
BEATRICE BERGAMÍN

La obra del mar
ALESSANDRA GARCÍA

Un castaño, un almendro o un árbol que dé fruta
LAURA MIHON

Hay un perro que camina en la niebla
SERGIO SERRANO

Ídolo. Episodios de mutismo selectivo
ANA TORRES PEÑALVER

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de estas obras ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ellas dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de estas obras, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

XII LABORATORIO DE ESCRITURA TEATRAL

Primera edición, 2025

© De *La urbanización*: Rocío Bello Castro

© De *56 verdes diferentes*: Beatrice Bergamín Serredi

© De *La obra del mar*: Alessandra García Rodríguez

© De *Un castaño, un almendro o un árbol que dé fruta*: Laura Mihon Niculescu

© De *Hay un perro que camina en la niebla*: Sergio Serrano Rovira

© De *Ídolo. Episodios de mutismo selectivo*: Ana Torres Peñalver

© Del Prólogo: Pablo Messiez

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2025

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico: José Luis de Hijes

Maquetación y procesos digitales de edición: spandaeditorial.com

Corrección: Susana Pulido. Logotipo de la colección: Francisco Nieva

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid

www.fundacionsgae.org

publicaciones@fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-959-1

ISBN electrónico: 978-84-8048-960-7

DL: M-16217-2025

Un castaño, un almendro
o un árbol que dé fruta

LAURA MIHON

Un castaño, un almendro o un árbol que dé fruta

Dramatis personae

MADRE: *setenta y tantos*

HIJA: *treinta y muchos*

HIJO: *cuarenta y pocos*

PRIMER DESAYUNO

Una mesa grande y cuatro sillas.

En una de ellas, la Madre se toma un café como si tuviera todo el tiempo del mundo.

En un extremo, un par de cajas de cartón de mudanza.

Cuando la Madre termina su café, trae un jarrón con flores que posa con cuidado sobre la mesa.

Coloca platos pequeños y tazas. Cubiertos.

Un periódico. Lo cambia de sitio varias veces.

Un frutero lleno de fruta, que examina sin prisa. Se detiene especialmente en un melocotón.

Un bizcocho recién hecho que huele a bizcocho recién hecho.

Tuesta pan y huele a pan tostado.

Hace más café. Huele a café.

La Madre va y viene trayendo todo lo que podría desearse durante un buen desayuno.

La mermelada tiene buena pinta. Mete un dedo en el bote y se lo chupa.

Aparece la Hija en un momento en el que la Madre no está.

Se queda mirando la mesa puesta, en silencio.

HIIA.— La primera muerte que recuerdo de una persona pública es la de Lady Di. Mi madre me lo contó de camino a casa después del cole. No me acuerdo con qué palabras me lo dijo ni por qué. Pocos días después murió también la Madre Teresa de Calcuta. Pensé: “¿Cómo es posible? ¿Es una oleada de muertes sin precedentes? ¿La gente puede morirse tan seguido, una detrás de otra?”. Tenía nueve años y percibía la muerte como algo tan lejano, improbable y singular que no podía ocurrir dos veces la misma semana. Las dos figuras se quedaron vinculadas en mi cabeza, y durante un

tiempo hasta las confundía, a la princesa y a la monja. Aún hoy no puedo oír hablar de una sin pensar automáticamente en la otra.

Cuando tenía quince años se murió uno de mis mejores amigos de la infancia. Él tenía diecisiete. El día de su funeral me puse mala de la tripa. Me pasé la mañana encerrada en el baño vomitando, y no fui a la ceremonia ni al entierro.

Descubrí que con la muerte se llora menos que con el desamor. La muerte no deja espacio para el regodeo, las miradas melancólicas por la ventana ni para hurgarse en la herida, aunque tengas quince años.

Nunca he ido a un funeral.

Cuando se murió el padre de mamá yo no había nacido. La siguiente fue la madre de mi padre, yo tenía cinco años. Me dejaron en casa de una vecina. Solo recuerdo que me obligó a comer lentejas y acabé vomitando. El funeral del padre de mi padre me pilló presentando mi proyecto final de carrera. En Londres. Fue algo repentino. Me dijeron que no hacía falta que viajara, que no merecía la pena perder otra convocatoria y volver a pagar la matrícula, que era carísima. En la presentación estuve nerviosa, superada; vomité antes y después, pero aprobé.

Mi abuela favorita, la madre de mamá, murió cuando me encontraba en un retiro de ayahuasca en Tailandia, con el móvil apagado. Mientras mi abuela se moría, yo estaba echando bilis en un cubo y compartiendo recuerdos de mi infancia con un arbusto. Me enteré una semana más tarde.

Solo he visto funerales en las películas.

La muerte de mi padre aún no la he llorado. Me lo contó mi hermano por teléfono. Me encerré en el baño del aeropuerto durante

una hora, sin quitarme la mochila. Eché el sándwich asqueroso y carísimo que me acababa de zampar. Luego me lavé la cara, me enjuagué la boca e intenté cambiar mis billetes. Lo intenté de verdad. Estaba lejos, a punto de irme más lejos todavía. Estaba posponiendo la vuelta a casa, fingía creer que todo estaba más o menos bien. Mi madre quería protegerme y yo me comporté como una niña. La niña que siempre seré para ella. Me pasé el funeral de mi padre yendo de una ventanilla a otra y peleándome con todo el personal del aeropuerto. Pienso mucho en él, pero hace tiempo que he dejado de intentar llorarlo porque simplemente no me sale.

A funerales menores, que los llamo yo, me niego a ir: vecinas, familiares de amigas, tías segundas. Después de haberme perdido el de mi padre, el de mis abuelos, el de mi mejor amigo, el de Lady Di y el de la Madre Teresa, no me parecería bien.

Hoy, mi amigo de la infancia sigue siendo mayor que yo. No me lo imagino como un chiquillo de diecisiete años sino como el hombre de treinta y muchos que sería ahora. Mi padre sin embargo continúa teniendo sesenta y cinco y sigue sin jubilarse.

Da una vuelta alrededor de la mesa mirándolo todo.

Un día descubrí con sorpresa que aquello de “desayuno continental” no era algo que se había inventado mi madre. ¿Por qué se llamará así? De pequeña era mi segundo desayuno preferido. El primero era helado, pero eso ocurría muy muy pocas veces.

Se escucha ruido en la cocina.

Ojalá pudiera estar sola en esta mesa un rato.

Se sienta y se sirve café. Continúa sola. Se bebe el café como si se le acabara el tiempo.

Aparece la Madre con más pan tostado. Le da a la Hija un beso que no se espera.

La Hija desayuna mientras la Madre va y viene.

Aparece el Hijo. Está en pijama. Le desordena el pelo a su hermana.

HIJO.— ¡Desayuno continental!

La Madre le coge la cara al Hijo. Parece que le va a dar un beso, pero le quita una legaña.

Huele bien. A estas horas la luz cae directa sobre la mesa, fijaos. Qué abundancia, mamá. Creo que voy a empezar con algo de fruta. Al final es lo que mejor sienta, aunque no sea lo que más apetece. Me voy a sentar aquí, al lado de mi hermana. Estas sillas no están nada mal. Las has cambiado, ¿no? Eran de otro color. No sé si coger plátano o naranja. El melocotón está demasiado blando. Voy a probar con el plátano, pero antes un poco de café. Las mismas tazas de siempre. *(A su hermana)* ¿Has visto? De vez en cuando se rompe alguna pero, no sé cómo, parece que siguen estando todas. Ese periódico no es de hoy.

HIJA.— Siéntate, mamá.

MADRE.— Ya he tomado café.

HIJO.— Los plátanos están verdes, tendría que haber cogido una naranja, pero ahora ya lo he abierto, así que me lo tendré que comer. Si no, mañana estará negro, seguirá duro pero se habrá puesto negro, es decir, será aún peor que hoy y habrá que tirarlo.

HIJA.— ¿Te vas a sentar?

HIJO.— Los techos de esta casa son muy altos. Dan sensación de espacio. Nos hemos acostumbrado demasiado a los techos bajitos.

La Madre no se sienta.

HIJA.— ¿Y bien?

MADRE.— ¿Cómo habéis dormido?

HIJO.— No estoy seguro de haber dormido.

MADRE.— Te dije que durmieras en mi cama, esa habitación /

HIJO.— No es por la cama. Llevo ya un tiempo así. Me apetecía dormir en mi cuarto, de más jovencito dormía del tirón. Pensé que quedaría algo de esa energía y me ayudaría a dormir, pero qué va. Creo que no he dormido nada.

HIJA.— Mamá, ¿todo bien?

MADRE.— Todo bien.

HIJA.— ¿Entonces?

MADRE.— ¿Entonces qué?

HIJO.— ¿No hay sal?

La Madre sale a por el salero.

Estás guapa. Tienes cara de cansada, creo que es por las ojeras, o por el pelo. ¿Qué te pasa en el pelo?

HIJA.— Nada, no lo sé, ¿qué me pasa?

HIJO.— ¿No te lo has cortado?

HIJA.— No.